ban la resistencia y el desprecio á sus inspiraciones, nuestro olvido y las ingratitudes con que hemos pagado su cariño. ¿Dejaríamos de llenarnos de pena y de amargura pensando en esto? ¿Por qué no reparar nuestras faltas con el más ardiente y abrasado amor á nuestra Madre, tan buena y generosa, á quien tanto debemos, y que es nuestra esperanza de salvación y vida eterna? No dejemos que el desaliento penetre en nuestras almas: María es Madre indulgente y compasiva sobre toda expresión; pidámosle que no recuerde nuestras faltas, y nos alcance los auxilios de la gracia para amarla con todas nuestras fuerzas, con todo el corazón, para que Ella reine eternamente en nosotros.

Mi Amada es para mí; yo soy para mi Amada, y lo seré para siempre. Sean estas las últimas palabras que pronunciemos al morir.

CONCLUSIÓN

Escuche con agrado la Virgen purísima de mis amores, la Reina del cielo y de la tierra, la Madre de Dios, el humilde cantar de mis cantares.

Admiro su santidad original llena de perfección y de belleza, y bendigo á Dios nuestro Señor que quiso acumular en su preciosa Niña todos sus tesoros.—La azucena despide su fragancia; la luz ostenta sus bellísimos fulgores; y en el orden de la gracia, los ángeles de Dios cantan la gloria del Eterno con una armonía tan suave y delicada que arroba y suspende nuestras almas; y María en su Concepción Inmaculada se corona con blancas azucenas; y vístese de luz purísima y hermosa, y los ángeles llenos de alborozo, cantan la gloria de su triunfo.

Pienso un instante en la pureza virginal de

la Virgen de las vírgenes, María nuestra Señora. Ella es la Virgen que cantó Isaías; y fué virgen antes de concebir á Jesucristo en sus entrañas, cuando le dió á luz allá en Belén, y después de su divino alumbramiento. ¿Quién no siente en el alma vivísimos deseos de trabajar por la santa virtud de la pureza, pensando en la integridad incomparable de María?

Huye de nosotros todo pensamiento menos digno de un cristiano al ocuparnos en esa Niña que fué la admiración y el encanto de los ángeles por su incorruptible y santísima virginidad. Nuestros deseos se remontan hasta el cielo, y todo lo del mundo se nos deja ver en su triste miseria; y queremos despreciarlo, porque no hay en él sino mentira y vanidad, y el pecado, que mancha nuestras almas con su degradación y su ignominia.

La más pura de todas las vírgenes fué escogida por Madre de Dios; dignidad sublime, incomparable; y que encumbra á nuestra amadísima Señora sobre todos los coros de los ángeles, y sobre los más ardientes serafines que están junto al trono de Dios.

La Maternidad de María es una maravilla divina; revelación espléndida y hermosa del poder de Dios, para quien nada hay imposible, y de su sabiduría infinita que todo lo alcanza, y de su bondad dulcísima y amable que se goza en comunicar á los hombres sus misericordias.

María que concibió en sus entrañas al Verbo del Padre, nos adopta por hijos, extiende hacia nosotros su maternal ternura, y cual Madre perfectísima en el orden de la gracia, nos lleva de la mano por las hermosas sendas de todas las virtudes. En Ella tenemos todos los bienes; y por su medio el Señor nos escucha con agrado. Es para nosotros riquísimo tesoro de bondad y gracia, de esperanza y de consuelo; es la paz y la dulce alegría de nuestras almas. Por Ella el Señor perdona nuestras culpas; y por sus manos descienden á nosotros las divinas gracias. Dios puso en esta santísima Señora la plenitud de todo bien al hacerla Madre de su Hijo Unigénito, nuestro Señor Jesucristo. Mas detengámonos por un instante, que al pensar en las grandezas inefables de María, en que Ella es para nosotros la más tierna y compasiva Madre, sentimos que el fuego de su amor abrasa nuestras almas: ¿cómo contenerlo sin dejar que se abra paso y descubra sus ardientes llamas? ¿por qué no desahogar nuestros amores, derramando el alma entera á los pies de la santísima Señora á quien llamamos Madre, y que después de Dios es todo nuestro encanto?

Yo he jurado amarla eternamente, así también se expresarán nuestros lectores; y cumpliré mi juramento mediante los auxilios de la gracia; y para amarla tengo que imitar sus santísimas virtudes. Me humillaré á los pies de todos;

ya que la Amada de mi corazón fué la más humilde de todas las criaturas. Caminaré por las sendas de la santidad y la pureza; porque esas sendas recorrió María. Haré violencia á mis pasiones; sufriré con paciencia las penalidades de esta vida, acordándome de los dolores de mi amada Madre; y la modestia, y la benignidad y la dulzura y las demás virtudes de María me servirán de ejemplo. ¿Tendré vergüenza de imitarla, ó al hacerlo, dejaré que la tibieza manche mis obras? María es mi gloria, y jamás tendré que sonrojarme por ser su hijo y el más humilde de todos sus esclavos.—El amor que me inspira esta Virgen purísima, esta Niña preciosa, me llenará de aliento y fervor en todas mis acciones; y hasta la muerte pensaré en mi dulce Madre, trabajaré por su gloria, y será para siempre todo mi amor y la más dulce esperanza de mi vida.

Virgen purísima de mis amores, admiro vuestra grandeza, venero vuestra dignidad infinita de Madre de Dios, y mi corazón rebosa de inmenso júbilo pensando en vuestra gloria. Seais mil veces bendita y dichosa, porque Dios se ha complacido en Vos su santa Madre sobre las demás criaturas. ¡Qué felicidad para todos vuestros hijos, ver á su Madre querida en la cumbre de toda grandeza después de la de Dios nuestro Señor; hermosísima, amable y resplandeciendo con la luz de todas las virtudes; amadísima de Dios, y colmada de todos los dones celestiales que son para nosotros, vuestros hijos!

Virgen purísima, os amamos con todo el corazón; os pertenecen todos sus afectos; reinad en él eternamente: somos vuestros hijos, bendecidnos y no permitáis que os olvidemos.

VICARIATO GENERAL

DE LA

DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nós toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse la obra titulada «La Virgen purísima de mis amores. El Cantar de mis cantares,» por el ilustrísimo Sr. D. José M. de Jesús Portugal, Obispo de Aguascalientes (México), mediante que de Nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final de la obra y entréguense dos ejemplares de la misma rubricados por el Censor, en la Curia de Nuestro Vicariato.

Barcelona 11 de noviembre de 1904.

EL VICARIO GENERAL,

† **Ricardo**, *Obispo de Eudoxia.*

Por mandado de Su Señoria,

LIC. MANUEL FERNÁNDEZ, *Scrio. Sust.*